

## RESEÑA

Título: CONCORLAND

Autor: Mikel Arilla

Edita: Diputación Provincial de Cáceres  
(Premio Cáceres de Novela corta, XLIV edición), 2019.

Formar parte de la nómina de ganadores de un premio como el Cáceres de novela corta, que próximamente cumplirá su cincuentena, no es ninguna fruslería, tanto más cuanto el Cáceres de novela corta, premio decano de la diputación cacereña y uno de los más consolidados de Extremadura, cuenta en su andadura, desde 1974, con nombres y obras destacadas en la narrativa española contemporánea. Baste recordar, como mero ejemplo, a Piedad Silva, Bernardo Víctor Carande, Eduardo Mendicutti, Paloma Díaz Mas, José Antonio Ramírez Lozano, Eugenio Fuentes, Magdalena Álvarez, Julián Rodríguez Marcos o Yolanda Izard.

Mikel Arilla, joven autor tudelano, cumple además uno de los rasgos frecuentes de este premio, que observamos en buena parte de sus ganadores: que obtuvieron el premio al comienzo de sus carreras como escritores. *Concorland* es la primera novela del autor, una excelente primera novela que apunta maneras muy meritorias y acredita un dominio del oficio que corrobora la experiencia de Arilla, pese a su juventud.

Este periodista, licenciado en la Universidad de Navarra, es narrador y poeta, habiendo merecido diversos premios tanto de microrrelato como de poesía, género en el que también ha publicado recientemente su primer libro, *En la ciudad sin mar*, en la meritoria editorial Olifante Ediciones de Tarazona (2019).

Que Arilla sea periodista y a la vez escritor de microrrelatos, así como su compromiso ético, del que habla explícitamente su colaboración con antologías solidarias, viene muy bien para comprender cabalmente nuestra novela. Porque *Concorland* —más allá del guiño irónico de su título, tan explícito— es un grito contra este endemoniado mundo global en que vivimos. El relato se construye sobre el modelo, tan al uso últimamente, de las distopías, subgénero literario que triunfa en la novela actual y en el cine, cuanto menos desde la mítica *Blade Runner*, entre una juventud desencantada. La distopía actúa como intencionado contrario de la utopía y, en ese sentido, manifiesta el desengaño y la desesperanza que amordaza el futuro de la juventud. Nuestra novela formalmente se inserta en la canónica ciencia ficción de la distopía, aunque cualquier lector reconoce los males del presente bajo la pátina futurista.

En un imaginado año 2120, un prestigioso periodista australiano, Kylie Gallagher, es enviado por su periódico, el *Sidney Herald*, para cubrir la información de un llamativo y singular proceso judicial (primer juicio de la historia del país), en la capital de esa ficticia, idílica y modélica nación llamada Concorland, contra un joven americano, Nathan McKennan, acusado de haber ultrajado la bandera, símbolo nacional por antonomasia.

La citada condición de periodista de Arilla (actualmente corresponsal de la agencia EFE en su tierra) seguramente le haya servido para dotar de verosimilitud el cañamazo de la novela, construida con quince (en realidad, dieciséis) transcripciones de otras tantas entrevistas o declaraciones que Gallagher ha llevado a cabo para documentar su reportaje. Esas entrevistas o declaraciones dibujan un friso o visión prismática múltiple, poliédrica, muy interesante, de la realidad que entorna a Gallagher y de los hechos juzgados, puesto que esa realidad y esos hechos se nos muestran en las correspondientes “Transcripciones” tanto desde una visión oficial, políticamente correcta, proveniente de quienes ostentan el poder y el control, como desde las visiones más o menos imparciales de intelectuales, profesionales o ciudadanos de a pie de Concorland, o bien desde la visión del abogado defensor del joven y del propio joven en su respuesta a la fiscalía en el juicio, así como, por supuesto, desde las sugerentes visiones críticas de la perseguida resistencia, bien de activistas como Gineta o de insurgentes como Hurón (nótese los significativos apodos o motes que los nombran), quien, haciendo honor a su nombre, revelará a Gallagher el secreto escondido de Concorland. Las indagaciones de Gallagher van construyendo una visión demoledora de ese asunto tan conflictivo que es la identidad nacional y la función de los símbolos en la construcción de esa identidad. Esa falsamente idílica Concorland esconde un rostro atroz que algunos han descubierto. De hecho, la novela misma, su investigación, construida sobre el cuerpo del reportaje de Gallagher, atenta contra la *omertá*, la ley del silencio que reina en Concorland, y que Hurón denuncia en su entrevista. Es muy acertado que la última transcripción ofrecida sea la declaración del joven acusado McKennan a la Fiscalía, cuyas últimas palabras dejan en el lector el sabor amargo de la parodia que, en fin de cuentas, es el proceso contra él, no solamente injusto, sino absurdo a la luz de los más elementales derechos

humanos. Sin embargo, a ningún lector se le escapa que en la actualidad esos procesos penales son posibles y reales en países que consideramos antidemocráticos (o no), lo que intensifica la ironía descarnada que la distopía que *Corcorland* propone.

Al material periodístico (las citadas transcripciones), que se nos ofrece verosímelmente en su contingencia de material de trabajo, provisional —de ahí las tachaduras, elipsis, etc.—, el autor añade ocho ‘Apuntes’, narrados en primera persona, que el narrador define como “escritos espontáneos”, numerados del uno al ocho, abriendo el uno el relato y cerrándolo el ocho, en los que encontramos, como si de una novela dentro de la novela se tratase, una suerte de historia marco o contextual del material periodístico novelado que representan las “Transcripciones”, esto es: la narración de la vida de Gallagher en la capital de Concorland, lo que él ve y experimenta al margen del trabajo periodístico propiamente dicho, con una especial atención a su relación tórrida, tras una primera noche de diversión, con Vanessa, atractiva y misteriosa mujer. Los encuentros con Vanessa adolecen de un erotismo exacerbado, sostenido por un relato directo y descarnado, que embauca al lector y lo despista —de nuevo el juego entre apariencia y realidad— de la verdadera identidad de Vanessa, del mismo modo que el propio Gallagher es engañado.

La novela termina con un ocurrente guiño o aparente charada que convierte a Gallagher en lector, un lector atento que debe descifrar el mensaje (centrándose en las letras), deslizado en el poema final de un tal Uros (a buen seguro Hurón), que no es otra cosa que un acróstico en el que leemos un concluyente mal presagio de muerte. Coherente desenlace de este relato distópico que no hace otra cosa que analizar, desde la añagaza del futuro, el desolador presente del mundo que hemos construido.

José Luis Bernal Salgado